

Introducción

Es difícil pensar en un período más conflictivo y contradictorio que la Edad del Hierro en el Noroeste peninsular, aunque quizás no tanto en lo referido a su realidad histórica como en la académica. A lo largo de las últimas décadas, se han vertido ríos de tinta sobre el origen e identificación etno-cultural de sus pobladores, las características de su desarrollo social, el carácter igualitario o jerarquizado de sus formas de organización o la naturaleza belicosa o pacífica de sus comunidades. Curiosamente, estos debates no se han limitado al ámbito académico (donde han sido enarbolados con vehemencia), sino que han conseguido trasladarse al conjunto de la población interesada en el pasado. No es extraño que apasionados de la historia o la arqueología, profesionales o aficionados, se enzarcen en un debate sobre si el “celtismo” responde a la realidad arqueológica o sobre el carácter local o foráneo de determinadas expresiones culturales y materiales. Resulta difícil, al menos en el marco del Noroeste, pensar en otras temáticas arqueológicas que puedan manifestar un interés semejante. No deja de ser llamativo, por otra parte, que este debate social se alimente de los rescoldos de una investigación académica que, en esta última década, parece haber reducido sensiblemente su producción. Quizás con el “colofón” de la gran síntesis realizada por González-Ruibal (2006-7), las investigaciones sobre la Edad del Hierro parecen haberse situado en una especie de “punto muerto”.

Esta es, sin embargo, una visión que, a nivel personal, puedo exponer *a posteriori*. Cuando comencé mi andadura en el mundo de la arqueología y la investigación, todos estos debates eran completamente novedosos para mí. Sin embargo, mi sensación no era la de un punto muerto, sino la de un punto de partida, pues muchas de las líneas de investigación propuestas distaban de haberse cerrado. Y, si realmente existía cierto decaimiento en la producción académica, esto suponía que la responsabilidad de seguir

planteando nuevas ideas recaía sobre los que pertenecemos a la siguiente generación. Esto, más que un gran poder, conlleva una gran responsabilidad, pues es sencillo afirmar que lo anterior es incorrecto o que queda mucho por decir; pero difícil afrontar el peso de la historiografía en primera persona.

Este contexto, unido al optimismo de explorar sugerentes perspectivas de estudio, propiciaron mi interés por esta materia, acentuado, además, al enfocarse en el territorio ártabro, en el que la investigación apenas había reparado. Como han destacado algunos autores (González-Ruibal, 2006-7: 17-21; Currás Refojos, 2020: 15-19), la fachada meridional del Noroeste ha sido el foco de atención principal en los estudios del Hierro. Sin embargo, las poblaciones del norte o del interior han recibido considerablemente menos atención. Es comprensible, hasta cierto punto, que se haya dado una mayor atención a las Rías Baixas o al entorno bracarense, pues en estas zonas se ha recuperado una mayor cantidad de datos arqueológicos, pero debe tenerse en cuenta que cualquier síntesis territorial adolecerá de cierto desequilibrio si una mayor atención a determinadas regiones no se subsana con otro tipo de estrategias.

A modo de breve introducción de la zona de estudio, el espacio a analizar en esta síntesis se podría denominar como “Golfo ártabro” o “territorio ártabro”, un espacio que es posible situar en el extremo noroeste de la Península Ibérica (Fig. I.1). Se trata de una definición territorial “de origen étnico y delimitación abstracta”, cuyas primeras menciones como territorio se encuentran en los escritos de Estrabón, Mela, Plinio o Ptolomeo. No es necesario detenerse en una caracterización de aquellos topónimos y poblaciones que engloban y definen el territorio ártabro (puede leerse una amplia revisión al respecto en González

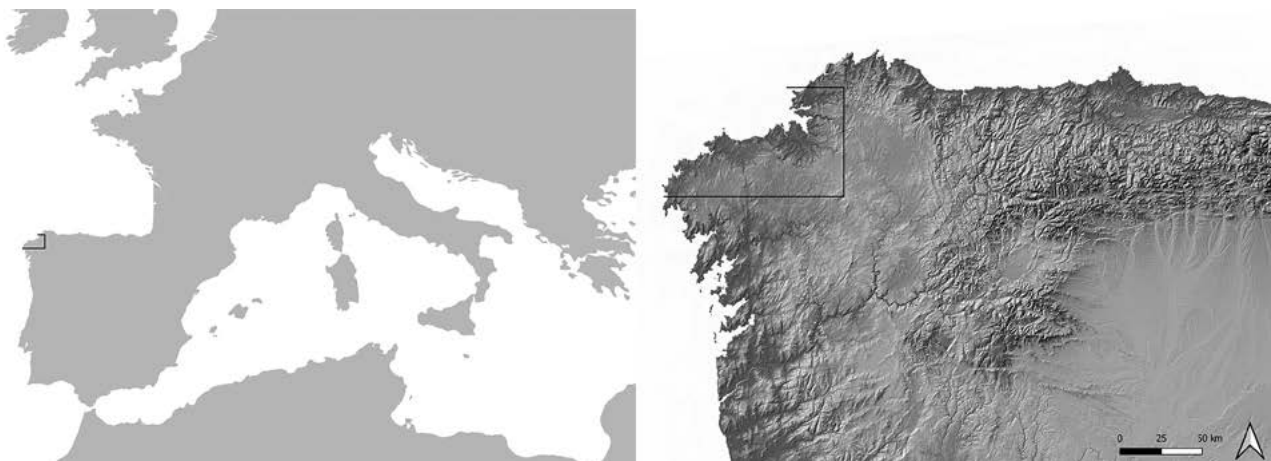


Fig. I.1: zona de estudio

García, 2003: 85-125); basta con mencionar que se trata de una región identificada, reconocida y delimitada en época clásica en la que se sitúa un *populus* indígena de características relativamente ambiguas. De forma semejante, los límites planteados en este trabajo son igualmente abstractos, y hemos optado por situar el espacio de estudio, *grosso modo*, en el confín noroccidental de la Península Ibérica, con la intención de establecer una síntesis de carácter regional que, sin asumir ningún tipo de homogeneidad social “ártabra”, plantease un estudio de sus comunidades a lo largo de la Prehistoria reciente.

Como mostraremos a lo largo de los siguientes capítulos, este territorio presenta asentamientos lo suficientemente “sorprendentes” como para llamar la atención de cualquier interesado en la historia y la arqueología, pero también es justo mencionar que se trata de la región galaica con más referencias en los textos clásicos. Paradójicamente, el interés de Posidonio, Mela o Estrabón no se ve reflejado en nuestros tiempos, pues apenas se han realizado síntesis generales, más allá de catálogos arqueológicos de carácter regional, eminentemente descriptivos (Rodríguez Casal, 1975; Romero Masiá y Pose Mesura, 1985; Agrafoxo Pérez, 1988; Comendador Rey, 2009) o trabajos con perspectivas más generales que emplazaron sus casos de estudio en el Golfo Ártabro (Parcero-Oubiña, 2002; Sánchez Pardo, 2006; 2008), pero sigue sin existir una síntesis que caracterice las formas sociales de la región¹. En buena medida, este limitado interés en la arqueología del Noroeste, junto a la aparente “excepcionalidad” de algunos de sus asentamientos (especialmente, Punta de Muros y Elviña), fueron los detonantes de este trabajo, cuyo objetivo era integrar todos estos asentamientos en una narrativa coherente y homogénea.

Los objetivos del trabajo, como es habitual, fueron evolucionando con el inexorable avance de la investigación, reformulándose a medida que mi propio enfoque se reformulaba con ellos. El análisis dejó de encuadrarse en asentamientos concretos para dar paso a una visión de carácter regional, cuya finalidad sería obtener un mayor espectro diacrónico para llevar a cabo un análisis de los principales procesos sociales durante más de 1000 años de historia. De esta manera, como una suerte de anagnórisis académica, la contextualización arqueológica había pasado a convertirse en una síntesis “arqueohistórica”, en la que el foco de atención principal ya no eran los propios asentamientos, sino las formas de organización de la sociedad que, desde ellos, era posible representar. A mi modo de ver, esta nueva percepción de la investigación situó el hilo conductor del trabajo en los procesos sociales, con la intención de identificar y comprender su desarrollo a lo largo de su tiempo y su espacio.

¹ Contamos con algunas síntesis locales para el caso de Ferrolterra (Parcero-Oubiña, 1993) u Ortegal (Fábrega Álvarez, 2004), al norte de nuestra zona de estudio. Otros autores han analizado el territorio ártabro (Naveiro López, 1994; González García, 2003; Loira Enríquez, 2019), aunque dedicándole una mayor atención al período galaico-romano o, como es el caso de González García (2003), enfocando el estudio desde las fuentes clásicas.

Este aumento en la densidad de esta publicación, sin embargo, no implicó que el eje espacial siguiese el mismo camino, permitiendo que el objetivo original del estudio resistiese a estos cambios. En lugar de extrapolar el alcance de las conclusiones de la investigación, opté por otorgarle una mayor representatividad al espacio previamente definido. Considero que una aproximación más ambiciosa en términos analíticos no implica una necesaria ampliación de sus fronteras, sino identificar más relaciones entre los datos disponibles. Desde mi punto de vista, las dimensiones del territorio no determinan la valía de las representaciones que plasmemos sobre sus sociedades, sino que esta recae, precisamente, en cómo nos aproximemos a ellas y cómo podamos moldear nuestros argumentos e interpretaciones. La escala es un criterio independiente de la calidad; el mundo académico está lleno de grandes narrativas mediocres y de estudios microhistóricos brillantes (y viceversa).

Por otra parte, si algo proporcionan los enfoques de carácter regional es, precisamente, un marco para la identificación de cambios y pervivencias, cuyos límites aportan un primer paso necesario para la comprensión de procesos a mayor escala. Es posible que, sin ninguna síntesis de planteamientos metodológicos amplios y/o enfoque heterogéneo, no fuese posible llevar a cabo grandes narrativas con la información necesaria para realizar un estudio social con cierta representatividad y validez. En otras palabras, no deja de ser un modo de expresar mi punto de vista sobre la construcción del relato histórico, que considero se construye mejor “de abajo a arriba” que de “arriba a abajo”.

Por otra parte, si algo he podido aprender de la adopción de un enfoque territorial es que sus fronteras son tan contingentes como necesarias, y que su creación no depende del pasado, sino del presente. De hecho, no es extraño que algunos autores hayan optado por establecer un estudio regional cuyos resultados terminan por generalizarse a una realidad social y un territorio mucho más amplio, problemática ya destacada para el caso del Noroeste². Esta cuestión, desde mi punto de vista, cercena buena parte del interés de un estudio regional, pues implica articular una realidad territorial arbitraria y es susceptible de cercenar la posibilidad de identificar procesos heterogéneos desde el propio método. Además, su valor como estudio regional pierde cierta validez si acaba por emplearse como perspectiva *ad hoc*, empleando lo local para justificar lo global.

De un modo u otro, el trabajo contaba con un tiempo (la Edad del Hierro), un espacio (el territorio ártabro) y un objetivo (analizar las dinámicas sociales a lo largo del tiempo). Para ello, y no sin temor a disuadir al lector,

² Investigadores como Currás Refojos (2020: 15) ya han planteado este problema, aunque, de manera paradójica y tras cuestionar el “sesgo meridional” de la arqueología del Noroeste, el propio autor asumió una síntesis regional de un sector galaico y meridional cuyas conclusiones se aplicaron conscientemente a todo el territorio del Noroeste.

se consideró necesario reformular por completo cómo y de qué forma entendemos las sociedades y el análisis de “lo social”. No en vano, “lo social” abarca, en esencia, cualquier expresión de una comunidad, hecho que genera una inevitable “inseguridad ontológica” (en el sentido de Giddens, 1995: 96-97) en cualquier trabajo de síntesis, pues la esencia de una síntesis es seleccionar, y por tanto, descartar (González-Ruibal, 2006-7: 17). En este sentido, he considerado más apropiado definir qué entendemos por social, cuáles son aquellos mecanismos para definirlos y contextualizarlos y, sobre todo, a qué incertidumbres nos enfrentamos en el análisis y cómo podemos asumirlas y mitigarlas, pues si se vuelven visibles podremos evitar expresiones que asuman su infalibilidad. Este proceso ha generado un esfuerzo de deconstrucción y construcción de la “cadena operativa del pensamiento”, que me ha llevado a comprender las síntesis arqueológicas como un ejercicio de hermenéutica en el que se identifican e interpretan determinados códigos del pasado, al tiempo que se vuelven a codificar para establecer un marco de conocimiento inteligible. Desde un punto de vista holístico, estos términos, empleados a modo de herramienta conceptual, permiten coordinar el análisis social y comprender su desarrollo a lo largo del tiempo.

Como hemos mencionado, este trabajo se centra en las sociedades del territorio ártabro entre inicios de la Edad del Hierro (en torno al siglo IX a.C.) y las dos primeras centurias tras la conquista de Roma (II d.C.). En el caso del período conocido como Primera Edad del Hierro, es necesario destacar aquellas transformaciones que propiciaron su emergencia a través de una profunda reformulación de las formas de vivir y relacionarse de las comunidades. A pesar de ciertas divergencias regionales, éstas parecen mostrar numerosas pautas comunes a lo largo del territorio galaico, siendo destacable su carácter autárquico, indiviso e igualitario como principales atributos que definen esta sociedad (cuestión en la que, sorprendentemente, parece existir un amplio consenso historiográfico). En el ámbito de este trabajo, la atención se centrará en dos asentamientos: A Graña y Punta de Muros. Si bien la investigación ha afrontado el estudio de estos asentamientos desde muy distintos puntos de vista, ambos presentan, sin embargo, notables aspectos en común. A pesar de la aparente excepcionalidad del caso de Punta de Muros, como trataré de exponer, sus primeros años de ocupación no parecen translucir una sociedad particularmente divergente con respecto a otros yacimientos de nuestra zona de estudio, como en el castro de A Graña, manifestando una misma tendencia hacia la indivisión social relativamente homogénea a través de distintas expresiones. Como se podrá ver, las llamativas y potentes construcciones internas de Punta de Muros y el desarrollo de la actividad metalúrgica responden a un proceso que no se puede datar en sus momentos iniciales, sino en un período más tardío, iniciado en algún momento del siglo VI a.C., quizás insinuando un profundo cambio en cómo se entienden y expresan las formas sociales y materiales. ¿Cómo es posible explicar la aparición de estas construcciones en el marco de una sociedad aparentemente

“indivisa e igualitaria”? ¿Existe un profundo cambio en el *ethos* social del poblado que propicia el surgimiento de formas distintas de expresar la materialidad? ¿Cómo es posible combinar este cambio paradigmático con el carácter estable y ajeno a transformaciones de A Graña? ¿Es posible que, en cronologías tan tempranas, existiesen formas tan dispares de expresar las relaciones sociales?

La conocida como “crisis del 400 a.C.” marca un cambio de tendencia que no fue esquiva a Punta de Muros, pues el asentamiento se abandonó en torno a estas cronologías. En este mismo período, aparecieron nuevos poblados que, progresivamente, exploran nuevas estrategias de habitación y localización, como es el caso de O Coto y Reboredo. Se trata de un proceso de ruptura habitacional que permite reflexionar sobre estas transformaciones planteadas y su eventual rechazo o aceptación. ¿Se corresponde con una consolidación definitiva de las tendencias iniciadas en Punta de Muros, o de su desaparición para propiciar nuevos modos de estructurarse como sociedad?

De una forma u otra, todo parece indicar que este nuevo paradigma semeja extenderse en el poblamiento costero. Castros como Borneiro, Meirás, Ares o Castrelo, habitados en la segunda mitad del último milenio a.n.e., parecen explorar nuevas estrategias ocupacionales, domésticas, productivas y culturales, al mismo tiempo que otros, como As Travesas o A Graña, inciden, precisamente, en una reafirmación de formas sociales muy semejantes a las de períodos anteriores. ¿Podría tratarse de la estructuración de una dicotomía en las formas sociales de “costa e interior”? ¿Coincide, precisamente, con esta aparente divergencia social que parecía haberse explorado años atrás entre la segunda fase de ocupación de Punta de Muros y A Graña? ¿Puede existir en los asentamientos del entorno “costero”, por lo tanto, una cierta continuidad con las transformaciones sociales iniciadas en Punta de Muros?

Se podrá observar que aún no se ha hecho referencia al Castro de Elviña, uno de los asentamientos más conocidos del territorio ártabro. Su ausencia no ha sido casual. Este complejo poblado parece evidenciar una dimensión social diferente a las anteriores, con una fase de ocupación fortificada anterior que fue completamente demolida y reconstruida para materializar un desarrollo constructivo, urbanístico y territorial mucho mayor de lo que cabría suponer en estas latitudes. Aparecen, en esta línea, nuevos interrogantes, como el eventual desarrollo de una compleja planificación urbana, la existencia de una insólita cantidad de espacios culturales y colectivos o el establecimiento de un estrecho vínculo con el mundo mediterráneo; aspectos que llevan a cuestionarse hasta qué punto pudo haberse desarrollado un proceso de jerarquización y agregación social equiparable al de otras regiones peninsulares y europeas.

Elviña sugiere una última cuestión que nos encamina hacia el último punto de este trabajo: el fin de las sociedades del Hierro y su integración bajo el dominio de la administración romana. Como veremos, esta transición

cronológica implicará un pequeño cambio de enfoque: en lugar de un estudio de formas sociales y políticas concretas, se analizarán las estrategias de reestructuración territorial desde la administración romana, así como la influencia a nivel social, identitario y cultural en las poblaciones locales de esta implantación. Desde mi punto de vista, una síntesis diacrónica sobre la Edad del Hierro ofrece un marco excelente para identificar el carácter de estas transformaciones, o como decía Alicia Jiménez (2008: 57), “lo que permanece en lo que cambia”. El enfoque de este último apartado se centra en la repercusión y las consecuencias de la “romanización” en las sociedades del territorio ártabro, cuestión que ha implicado, también, una revisión del alcance y connotaciones del propio concepto, dada la inexistencia de una reflexión profunda y actualizada en los estudios del Noroeste. Se plantea, en este sentido, “dónde, cómo y por qué” se han explorado determinadas formas de planificación territorial, con la intención de comprender la integración y explotación del territorio desde su presencia arqueológica. El estudio de estas estrategias, no obstante, también servirá para comprender su influencia en el devenir social de las poblaciones locales. Se propone, de esta forma, una perspectiva de estudio que plantee la posición de las comunidades locales en un nuevo contexto, reconociendo su “capacidad de agencia” para reconfigurar expresiones sociales, culturales e identitarias desde sus propias lógicas, como parte de un proceso que refleja su propia racionalidad y evitando interpretaciones estáticas o centradas en la posición del dominador. Atendiendo a este nuevo orden social, que definirá por completo el devenir político y social de estas comunidades, se propone la necesidad de identificar, además de qué cambia y qué permanece, dónde lo hace y por qué.